

cies, no todos, porque los niños antes del uso de arazon, á quienes en varios lugares cristianos se daba la comunión, solo podían recibirla en la especie de vino, y por el contrario, los enfermos solo la recibían en la especie de pan, ni en todos tiempos, porque los fieles que en tiempo de paz comulgaban bajo de las dos especies, en tiempos de persecucion solo comulgaban bajo de una, porque tomaban solo el pan consagrado, y colocado en cajas preciosas, ó envuelto en lienzo muy limpios, le conservaban en sus casas y en ellas comulgaban, y tambien le llevaban consigo cuando huían á los desiertos, ó caminaban al martirio, para alimentarse y fortalecerse con el pan de los fuertes. Aun fuera de los tiempos y casos referidos, hubo siempre dificultades en cuanto al uso del cáliz, y sobre todo, habia mucho peligro de que se derramase el sangüis ó vino consagrado, particularmente cuando era muy numeroso el concurso de los fieles que se presentaban á comulgar; y aunque se tomaron muchas precauciones para evitar el peligro de la profanacion, no bastaron, y el uso del cáliz se fué perdiendo insensiblemente, hasta que en el concilio constanciense, celebrado el año de 1415, se prohibió enteramente á los sacerdotes no consagrantes, y á todos los legos. Mas por esta prohibicion, de ninguna gracia se privó á los que solo comulgaban bajo de la especie de pan, porque en ella se recibe todo entero á Jesucristo, autor y fuente de todas las gracias, como dice el concilio de Trento.

Efectos del Santísimo Sacramento de la comunión.
No es posible explicar con palabras las riquezas de

gracias que nos están preparadas en este Santísimo Sacramento. Todos los demas son fuentes de la gracia, pero éste es el rio de la gracia, porque contiene el mar inmenso de la gracia. En todos los demas obran los méritos de Jesucristo, pero en este obra el mismo Jesucristo: en todos los demas se une Jesucristo con nosotros por medio de su gracia, pero en este se une con nosotros por sí mismo. ¡Union inefable! De infinitos modos se pudiera unir con nosotros, porque su poder es infinito, pero quiso unirse, dicen los Santos Padres, bajo las especies de pan y vino, para darnos á entender que se une con nosotros tan estrechamente, como la comida y bebida con el cuerpo que la recibe, y que así como la comida y bebida dan vida al cuerpo, así Jesucristo en este sacramento, da vida al alma; pero vida en cierto modo divina; porque así como el Padre Eterno comunica en su generacion eterna á su Eterno Hijo su vida divina, y su Eterno Hijo la comunicó en su encarnacion temporal á su preciosísima carne y sangre, participamos en cierto modo de esta vida divina, y esta es una de las mas profundas y consoladoras verdades que nos enseñó Jesucristo cuando dijo: *así como me envió el Padre que vive y yo vivo por el Padre, así tambien el que me come vivirá por mí.* ¡Oh sacramento adorable! ¡Oh abismo de la gracia! ¡Quién podrá explicar las riquezas que comunicas al alma que te recibe dignamente!

Como las obras de Dios en todo son llenas y perfectas, y abundan en ellas los fines mas propios y dignos de su bondad y su misericordia, al mismo tiem-

po que obra en este sacramento tantas maravillas, y nos concede por su medio tantos dones y gracias, nos invita á su amor con el medio poderosísimo de la memoria y representacion de su vida, pasion y muerte que se nos hace en la Eucaristía, en la que no podemos menos de hallar, como reiteradas, la encarnacion, el nacimiento, la vida oculta, los milagros, la pasion y muerte de Jesucristo, que todo en ella se representa al vivo.

Sobre todo, se reitera el sacrificio de la cruz en el del altar, por la mística separacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, y por la oblacion que de él se hace al Eterno Padre por los vivos y por los difuntos del purgatorio, como ya hemos explicado en otra parte.

P. *Cómo se ha de disponer cada uno para llegar á comulgar?*

R. *Llegándose con devocion, sin conciencia de pecado mortal, confesándose antes, y en ayunas, considerando que va á recibir á la Magestad eterna de nuestro gran Dios y Señor Jesucristo, y acordándose de su santísima pasion.*

Dos son las principales disposiciones, una de parte del cuerpo, y otra de parte del alma. De parte del cuerpo es el ayuno natural, que consiste en no haber tomado despues de la media noche cosa alguna, ni por modo de comida ni de bebida, ni por medicina, sea advertida ó inadvertidamente, por olvido ó sin él, á no ser que se reciba la comunion como viático. Este precepto de no comulgar sino en ayuno natural, es muy anti-

guo. Tertuliano, que escribia antes de mediar el tercer siglo, decia ya: *que el pan Eucarístico se habia de tomar antes de toda comida.* Ha agradado al *Esíritu Santo*, escribia San Agustin en el siglo cuarto, *que para honrar este sacramento, nada entre en la boca del cristiano antes que el cuerpo de Jesucristo.* Es verdad que Jesucristo dió la comunion á sus apóstoles despues de la cena, pero hubo para éstos motivos particulares que cesaron en aquella noche. *Primero.* Fijar profundamente en el corazon de sus discípulos al despedirse, la grandeza de esta prenda de su tierno amor. *Segundo.* Concluir con la cena legal la pascua antigua, y principiar con la cena eucarística, la pascua nueva. *Tercero.* Unir esta memoria de su pasion á su pasion misma. Estos motivos cesaron en aquella noche; y aunque los cristianos celebraron al principio las cenas que llamaban de caridad, á las que aun se duda si acompañaba, antecedia ó sucedia la comunion, estas cenas cesaron con el tiempo. Otra disposicion de parte del cuerpo, á mas del ayuno natural, es el aseo y la limpieza. La persona que ha de comulgar, debe ir á la sagrada mesa, lavada, limpia y adornada segun su clase, huyendo igualmente los extremos del desaliño y del lujo. Su paso debe ser compuesto, su postura humilde, y su reverencia suma. Debe acercarse al altar con un recogimiento religioso y con un temor santo, considerando que va á recibir sobre su lengua y á depositar en su pecho al Hijo del Eterno Padre, oculto bajo los velos de aquella sagrada hostia. ¡Oh cris-

tianos! El recogimiento mas profundo, el pavor mismo no será un exceso en acto tan tremendo.

De parte del alma, la disposicion esencial y absolutamente necesaria, es ir á comulgar en gracia de Dios, porque este sacramento no solamente es de vivos y pide estado de gracia, sino que es la vida misma. Por consiguiente, el que por su desgracia se halla en pecado mortal, de ningun modo puede llegarse á recibirle, sin ponerse antes en gracia por medio de una buena confesion; y se dice confesion, porque el acto de contricion, aunque debe procurarse y procurarse mucho, incluye el propósito de la confesion. Así lo tiene declarado el santo concilio de Trento, fundado en la costumbre de la Iglesia, y en estas palabras de San Pablo. *Pruébese el hombre á sí mismo, y así coma de aquel pan.* A mas de estar ó ponerse en gracia, debe procurar acercarse á la sagrada mesa con una fé viva, que discierna el cuerpo del Señor, para adorar en el altar al que adoran los ángeles en el cielo, con una esperanza llena de consuelo, porque va á recibir la prenda mas segura de la gloria, y con un ansioso deseo de unirse mas y mas con su Dios por medio de la comunión. La falta de estas disposiciones es por lo comun la causa de que la comunión no produzca los copiosísimos frutos que la son propios.

Comunion indigna. Esta es la que hacen los que comulgan en pecado mortal, y se llama tambien comunión sacrílega. Hemos hablado ya del sacrilegio y sus especies en la explicacion del primer mandamiento, la cual debe leerse para la mejor inteligencia

de ésta; pero entre todos los sacrilegios, ninguno hay que pueda compararse con el que comete el que comulga indignamente. Es, sin duda, un gran sacrilegio profanar los templos destinados á ser los palacios de Dios sobre la tierra; lo es mayor profanar los vasos sagrados, en que se consagra el preciosísimo cuerpo y sangre de Jesucristo; y todavía mayor profanar los santos sacramentos, recibéndolos en pecado mortal; pero ninguno de estos sacrilegios es comparable con el que se comete profanando la sacratísima Eucaristía. En los demas sacramentos solo se profanan los sacramentos; mas en este se profana, no solo el sacramento, sino (lo que es sobre todo) al Autor mismo de los sacramentos. Como Jesucristo está en el pan y vino consagrados tan real y verdaderamente como está en el cielo, en cualquier pecho que se deposite este pan y vino consagrados, allí está Jesucristo, pero con esta espantosa diferencia, que en el pecho del justo está como en el trono de sus delicias, derramando las riquezas de su gracia, y en el del pecador sacrilego, está como en el teatro de sus ignominias, quejándose á su Eterno Padre del criminal que le ha arrojado en aquel lugar infame. San Pablo pronuncia dos sentencias contra los que comulguen indignamente. En la primera dice, que el que comiere el pan ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y la sangre del Señor; y en la segunda, que el que lo come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio. Sentencias á cual mas terribles, porque si en la primera hace responsable del cuerpo y sangre de Jesucristo al que

comulga indignamente, en la segunda declara que el que comulga indignamente, se traga su mismo juicio, su misma sentencia, su misma condenacion, y la incorpora consigo tan estrechamente, como se incorpora el alimento con el cuerpo que le recibe. Sentencias espantosas! No es extraño que el apóstol se pronuncie de un modo tan terrible. El pecador que camina al altar á comulgar indignamente, es otro Judas que va á entregar al Hijo de Dios con un beso de amigo á sus enemigos, y deberia retroceder y caer de espaldas como aquellos al oír estas palabras que pronuncia el sacerdote al presentar la sagrada forma: *Ecce Agnus Dei*: he aquí el Cordero de Dios.

Comunion frecuente. El horror á las comuniones indignas, no debe impedir ni escasear las dignas. La comunión no pide una evidencia de estar en gracia de Dios, porque esto no es dado á los hombres en esta vida de fé, á no ser por una revelacion, con la que no podemos contar sin temeridad. El hombre no sabe si es digno de amor ó de odio en la presencia de Dios. La comunión pide no ir á comulgar á ciencia cierta de estar en pecado mortal, como hacen los grandes sacrilegos, ni con duda fundada de estar en él, como hacen los temerarios. Pide ir con una conciencia buena, tranquila, que no se queje ni se resienta de culpa mortal, aunque tal vez se vea rodeada de miserias y aun de faltas leves. Pide una conciencia confiada de que en la presencia de Dios no será gravemente culpada. Esto supuesto, la mayor ó menor frecuencia de comuniones debe pender del temple de las almas que han de comulgar, de su estado, obliga-

ciones y circunstancias en que se encuentren, y sobre todo de su conducta. Por esto no se puede dar una regla general, y es preciso recurrir á la prudencia de los confesores, quienes penetrados de las disposiciones de las almas que dirigen, aumentarán ó escasearán sus comuniones, teniendo por norte principal los frutos que producen en ellas. Hay almas determinadas, á quienes convendrá tal vez contener, y las hay tímidas, á quienes convendrá animar. El respeto y el amor son dos motivos igualmente laudables. El centurion no se juzgó digno de que entrase el Señor en su casa por el respeto que le causaba; y Zaqueo le recibió gozoso en la suya por el amor que le tenia.

Sin embargo, hablando generalmente, siempre será preferible la frecuencia á la escasez; ya porque así lo pide el fin de este sacramento, instituido en la materia de pan y vino, para significar que es sustento de nuestras almas; ya por los admirables frutos que produce, y ya, en fin, por la gran necesidad que tenemos de ser alimentados con el sustento de los fuertes, para hacer las fuertes peleas de nuestra salvacion. El ópimo fruto de las comuniones, debe ser el aumento de las virtudes, el fervor, la perfeccion, la obra de la santidad y su consumacion; pero el ordinario es la conservacion de la gracia, la perseverancia en la justicia, la obra de la salvacion. ¡Ah! una alma que se sostiene en la gracia por las frecuentes comuniones, saca de ellas un fruto inapreciable, saca el fruto de la vida eterna. Su perseverancia la llevará á morir con la muerte del justo, y á entrar en

la posesion de la gloria. Por eso es de desear que los cristianos comulguen con frecuencia. La buena disposicion les dispondria á comulgar dignamente, y la comunion les sostendria en la gracia, y seria la preparacion esencial para otra comunion. Seria de desear que volviesen los primeros tiempos del cristianismo, en que la comunion era el pan diario de las almas, como el pan comun lo es de los cuerpos; ó que volviesen al menos aquellas épocas de fervor y de virtudes que han multiplicado las comuniones, y que no se han sostenido sino por la frecuencia de los sacramentos, y principalmente de el de la Eucaristía.

Si los mundanos te preguntan, decia San Francisco de Sales á su Filotea, por qué comulgas tan frecuentemente, respóndeles que por aprender á amar á Dios, por purificarte de tus imperfecciones, por librarte de tus miserias, por consolarte en tus aflicciones, por fortificarte en tus flaquezas. Diles que dos suertes de gentes deben comulgar á menudo; los perfectos, porque estando bien dispuestos harian mal si no llegasen al manantial y fuente de la perfeccion; y los imperfectos, para poder justamente pretender la perfeccion; los fuertes para no venir á ser flacos, y los flacos para hacerse fuertes; los enfermos para hacerse sanos, y los sanos para no estar enfermos. . . . Diles que los que no tienen muchos negocios mundanos, deben comulgar á menudo, porque tienen comodidad, y los que tratan negocios de la tierra, porque tienen necesidad; y que los que trabajan mucho y están cargados de penas, deben comer

viandas sólidas y frecuentes. Diles que recibes el Santísimo Sacramento, por aprender á recibirle bien, porque es casi imposible hacer una accion bien hecha, no habiéndola ejecutado mucho. Tales son los consejos que San Francisco de Sales, uno de los hombres mas sábios que ha tenido la Iglesia en la gran ciencia de la direccion y salvacion de las almas, da acerca de la comunion frecuente.

Comunion espiritual. Bien podrá suceder que se presenten muchas veces estorbos y embarazos para comulgar sacramentalmente, pero no los debe haber para comulgar espiritualmente; y el santo concilio de Trento, á mas de suponer la práctica de comulgar, á lo menos espiritualmente, en los que asisten al santo sacrificio de la misa, nos asegura que por esta comunion espiritual, se reciben en gran parte los frutos y utilidades de la comunion sacramental. Pero ¿en qué consiste la comunion espiritual? Consiste en comulgar con el afecto. Consiste en unir el deseo de nuestra voluntad, á la comunion que hace el sacerdote. Consiste en llegarnos al altar con el espíritu, aunque nos mantengamos retirados con el cuerpo, diciendo como el centurion: *Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada.* Los que asisten á la misa en gracia de Dios, están en una disposicion muy á propósito para la comunion sacramental, y muy bella para la comunion espiritual, que les conviene no perder para recoger sus frutos, y los que por su desdicha asisten á la misa en pecado mortal, deben deponer todo afecto al pecado, detestarle, resolver la enmienda, pedir á Dios misericordia por

medio de su Santísimo Hijo, sacrificado allí sobre el altar.

Comunion pascual. El precepto de la comunión pascual, es acaso el que con mas sentimiento ha impuestó nuestra madre la Iglesia á sus hijos, porque ¿qué mayor dolor que verse obligada á mandarles que reciban á su Dios? ¡Ah! si antes de la venida de Jesucristo, cuando el Señor se hacia llamar el Dios vengador, el Dios fuerte, el Dios de los ejércitos; cuando no se manifestaba á los patriarcas sino entre el pavor y el espanto; cuando no hablaba á los profetas sino entre relámpagos y con la voz de trueno; si se hubiese dicho entonces á estos hombres santos que aquel Dios de poder y de terror, de magestad y de gloria, bajaria algun dia sobre nuestros altares, á la voz de un sacerdote, se dejaria exponer en nuestros tabernáculos y encerrar en nuestros sagrarios; si se les hubiera dicho que su amor le llevaria al extremo de hacerse nuestro alimento y reposar en nuestros pechos cuantas veces quisiéramos darle entrada en ellos, ¿habrian podido creerlo? Pues otra cosa ha sucedido, que les pareceria aun mas increíble, y es, que bajándose Dios tan profundamente y entregándose á nosotros con toda su magestad y su gloria, haya almas que rehusen recibirle. Los primeros cristianos, aquellos ardientes fieles que miraban la comunión como su pan de vida y de cada dia, y para quienes no habia mayor desconsuelo que verse privados de ella, ¿pudieron creer que llegaria un tiempo en que seria preciso imponer á los cristianos que

les sucediesen, un precepto para obligarles á que comulgasen!

Cesando las persecuciones y comenzando á entibiarse aquel fervor que causaba en el principio la sangre de Jesucristo recién derramada, y que sostuvo despues por espacio de tres siglos la sangre de los mártires que corria por todas partes, comenzó tambien á entibiarse y decaer la frecuencia de comulgar. Pero alejándose todavía mas los cristianos de los tiempos del Redentor, al paso que se alejaban los siglos, y apagándose mas y mas la caridad por la abundancia de la malicia, el cuarto concilio general de Letran, celebrado el año de 1215, tuvo que reducir el precepto de la comunión á la pascua de resurrección solamente, y este es el precepto que gobierna en el dia, y que obliga á todos los fieles que han llegado al uso de la razon.

P. *Qué debemos pensar antes de la comunión?*

R. *Quién viene en el sacramento, á quién viene, cómo y con qué fines.*

Viene el Hijo de Dios vivo, Dios de infinita grandeza y magestad, hecho hombre en las purísimas entrañas de María, lleno de santidad y de virtud, sacramentado á impulso de su amor, al esfuerzo de su omnipotencia, á costa de milagros y portentos. Viene á un vil gusanillo de la tierra, á una criatura llena de miserias, á una alma ingrata que muchas veces le ha sido rebelde, y que aun no perfecciona su conversion, por la afición á lo terreno y visible de esta vida: viene humillado á hacerse su alimento; oculto á darle muestras de su amor; sacrificado y muerto, á hacerle

participar del fruto de su pasión: viene á recrearla, viene á enriquecerla, viene á ennoblecerla y honrarla, á nutrirla, á fomentarla, á darle vida, y dársela en abundancia.

P. *Para qué ordenó el Señor tan alto sacramento?*

R. *Para honrarnos, obligarnos y enriquecernos.*

Por la encarnación del Señor, hemos sido hechos consanguíneos de la divinidad: él se ha hecho hermano nuestro, Hijo del hombre, descendiente de Adán: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, se ha hecho su nieto, su descendiente, Hijo de David, Hijo verdadero de María, concebido en su seno y de su misma sustancia. Por su pasión y muerte hemos sido hechos hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, herederos del reino de los cielos. Finalmente, por la Eucaristía somos sublimados al incomparable honor de sentarnos á su mesa, participar de su cena, alimentarnos de su carne, refrigerarnos con su sangre; y por medio de esta vianda divina, enriquecernos de gracia y virtudes, debiendo quedar por ello sumamente obligados á su amor, á su benignidad, á su bondad.

P. *Qué debemos hacer despues de la comunión?*

R. *Dar á Dios despacio gracias, y ofrecérsosle como muy obligados á su servicio.*

Nada desagrada mas al Señor que la ingratitud: bien nos lo hace conocer en aquella pregunta que hizo al leproso samaritano que curó en consorcio de los otros nueve del pueblo de Judá: *Y los nueve, ¿dónde están?* Es decir, ¿qué se ha hecho de aquellos hombres sin sensibilidad ni agradecimiento, que

recibido el beneficio, se olvidan de la mano liberal y amorosa que se los prodigó? ¡Ah! ¿Quién es capaz de considerar sin estremecerse el destino de los ingratos á los beneficios divinos? En la presencia de Jesucristo no están: solo uno ha vuelto á rendirle las muy debidas gracias; luego no están en su aceptación, en su gracia, entre sus fieles almas. ¡Ah! ¿Dónde están?

No se haga esta pregunta de nosotros: seamos agradecidos; reconozcamos el beneficio y tomemos el peso á la obligación en que nos pone la recepción del pan de vida y cáliz de la salud, que se nos da en la sagrada Eucaristía.

EXTREMAUNCION.

P. *Para qué es el sacramento de la Extremaunción?*

R. *Para quitar las manchas y rastros del pecado, fortalecer el alma contra las tentaciones, y dar salud al cuerpo si le conviene.*

El quinto sacramento, dice el concilio florentino, es la *extremaunción*, cuya materia es el aceite de oliva, bendito por el obispo. Este sacramento no se debe dar sino al enfermo cuya muerte se teme, el cual debe ser ungido en los ojos, oídos, narices, boca, manos y piés, diciendo al unguir los ojos: *por esta santa unción y su piadosísima misericordia, te perdone el Señor cuanto has pecado por la vista; y así en los demas sentidos.*